

Gran Bretaña: la vergüenza de las universidades

Anthony Grafton

Anthony Grafton es catedrático de Historia en la Universidad de Princeton. Reconocido especialista en historia cultural del Renacimiento, historia del libro y la lectura e historia de la historiografía, es autor de obras como *Forgers and Critics* (1990), *The Footnote: A Curious History* (1997), *Bring Out Your Read* (2001) o *What Was History* (2006), algunas de ellas traducidas. El presente artículo apareció en *New York Review of Books* (8 de abril 2010).

Las universidades británicas se enfrentan a una crisis de su contenido intelectual y espiritual. Durante treinta años, políticos –conservadores y laboristas–, burócratas y «gestores» han demolido las bases tradicionales de la vida académica. A no ser que las políticas y las prácticas cambien pronto, ya no se podrá remediar el daño.

Como «estudiante esporádico» del University College de Londres a principios de los años setenta y visitante asiduo del Warburg Institute, de Oxford y de Cambridge, yo –como muchos humanistas norteamericanos– envidiaba a los colegas que enseñaban en las universidades británicas. Nosotros teníamos despachos con linóleo, ellos habitaciones con alfombras. Nosotros trabajábamos en escritorios; ellos se sentaban con sus estudiantes en cómodos sillones y les servían copas de jerez. Pero sobre todo sentíamos la constante presión de tener que hacer lo más nuevo y de mostrar al mundo que lo estábamos haciendo: no dejar nunca de ser innovadores, interdisciplinarios y diligentes.

Los humanistas británicos también innovaban. Edward Thompson y Eric Hobsbawm, Frances Yates y Peter Burke, y muchos otros formularon nuevas maneras de ver la historia para mi generación. Pero los académicos británicos siempre admitieron –lo que no siempre hacemos nosotros– que es de vital importancia preservar y actualizar nuestras disciplinas y formas de conocimiento tradicionales: las lenguas, la interpretación precisa de textos, imágenes y objetos, el análisis filosófico riguroso y la argumentación. De lo contrario todo el excitante trabajo interdisciplinario tan sólo producirá una sarta de tonterías de moda.

Había una sensación de «comida lenta»¹ en la vida universitaria británica, basada en el consenso de que los académicos debían tomarse su tiempo para escribir un artículo o un libro tan denso y excelente como fuera posible. Las buenas universidades americanas nunca fueron exactamente una «nación de comida rápida» (*Fast Food Nation*), pero es verdad que sentíamos la presión para producir, rápidamente y de forma regular. En cambio, Michael Baxandall pasó tres años en el Warburg Institute, trabajando en la colección fotográfica sin llegar a terminar su tesis, y unos cuantos más como profesor ayudante, escribiendo sólo unos pocos artículos. Luego, en 1971 y 1972, publicó dos espléndidos libros interdisciplinarios, que transformaron el estudio del humanismo y el arte del Renacimiento, obras que siguen siendo de referencia hoy en día y que fueron sólo el comienzo de una gran carrera. Gertrud Bing, E.H. Gombrich, J.B. Trapp y A.M. Meyer, que dirigían el Warburg en aquella época, supieron ser pacientes. Sus resultados hablan por sí mismos.

Desde la llegada de Margaret Thatcher, la presión no ha dejado de incrementarse. Las universidades han tenido que demostrar que valen para algo. Gerentes y rectores empujan a los profesores a obtener fondos y a publicar y recompensan a quienes lo consiguen de manera más satisfactoria con periodos de licencia y otros privilegios en los que

1. *Slow Food*, en oposición a *Fast Food*, «comida rápida», [Nota del traductor].

Saul Steinberg.
Obra perteneciente a su libro
The Passport (1949)

los profesores norteamericanos sólo pueden soñar. El ritmo de producción es alto, pero la cohesión social entre los profesores se ha deshilachado. En los dos últimos años, la presión se ha vuelto más fuerte que nunca. Los presupuestos se han reducido y las universidades han tenido que apretarse el cinturón. Ahora se enfrentan a enormes recortes en los próximos tres años –a no ser, como parece probable, que los conservadores se hagan cargo del gobierno, en cuyo caso el recorte puede ser aún más profundo.

Los gerentes han respondido, en su mayor parte, no resistiéndose sino tratando de demostrar que pueden «hacer más con menos». Para explicar cómo pueden cuadrar este círculo, recurren al lenguaje orwelliano de la «planificación estratégica». Uno de estos documentos de planificación, del King's College de Londres, explica que la institución «debe generar actividad académica financieramente viable, mediante la desinversión en las áreas que están en un nivel sub-crítico sin ninguna perspectiva realista de inversiones adicionales».

Las realidades que esta nube de tinta esconde de manera imperfecta son tan feas como era de esperar. Los humanistas que trabajan sobre lenguas y manuscritos antiguos, que escriben sobre historia premoderna o que lidian con temas difíciles en semántica, no siempre tienen un impacto inmediato ni aportan grandes cantidades de dinero en subvenciones –aun cuando otros investigadores de todo el mundo dependen de sus estudios. Si no encuentras sentido a su trabajo, ¿por qué no eliminarlos? Así tendrás espacio para cosas que dan resultados inmediatos.

En el King's College de Londres, el jefe del departamento de arte y humanidades ha informado ya a algunos profesores de fama mundial –uno, David Ganz, en paleografía, el estudio de las escrituras antiguas, y otros dos en filosofía– que sus plazas serán amortizadas al final del curso académico. Los tres son notables especialistas que han tenido estudiantes notables. La paleografía –por citar el campo que mejor conozco– es al estudio de textos lo que la arqueología al estudio de ciudades y templos. Los paleógrafos sientan las bases sobre las que construyen otros humanistas. Les dicen a los historiadores y a los historiadores de la literatura cuándo fueron escritos tales o cuales textos y qué dicen, dónde se utilizaron tales escrituras, por qué y por quién. La preparación en el análisis de manuscritos es fundamental en los mundialmente famosos programas de estudios medievales que se cuentan entre las glorias del King's College. Por eso es por lo que Jeffrey Hamburger, el historiador del arte de Harvard que es uno de los mayores expertos del mundo en manuscritos medievales, ha ayudado a organizar una campaña mundial para revocar la decisión. (Igualmente, el filósofo de Chicago Brian Leiter ha dado a conocer los recortes en filosofía en su ampliamente leído blog.)

Los recortes no se van a detener con las primeras víctimas. Todos los demás miembros de la facultad de arte y humanidades del King's College se han visto obligados a volver a presentar su solicitud de empleo. Cuando termine la evaluación, unos veintidós de ellos habrán sido despedidos. Incluso las declaraciones oficiales dejan claro que estos profesores deben irse no porque hayan dejado de hacer investigación básica o de enseñar de manera eficaz, sino porque sus especialidades ya no están de moda y no generan dinero. Ante las críticas, el rector del King's, Rick Trainor, se queja de que los profesores extranjeros no se dan cuenta de los problemas financieros a los que debe enfrentarse. Se equivoca. Todos nos enfrentamos a nuevas y drásticas presiones financieras.

Pero también apreciamos un principio que parece eludir el señor Trainor –como también sus colegas en Sussex, que han emprendido medidas similares, y los gerentes de Londres que parecen empeñados en convertir el Warburg Institute, de un centro de investigación único, con sus estanterías abiertas llenas de tesoros excepcionalmente accesibles a todos los lectores, en un almacén de libros. Las universidades están para descubrir y transmitir conocimiento. Los investigadores y los profesores proporcionan estos servicios. Los gerentes protegen y nutren a investigadores y profesores: les dan la seguridad, los recursos y las posibilidades de compañerismo y debate que hacen posible un trabajo serio. Despedir a miembros excelentes de la facultad no es una «desinversión» táctica inteligente, sino un error catastrófico.

¿Son las nóminas del profesorado la principal fuente de presión sobre el rector? Los ambiguos documentos oficiales redactados en la jerga administrativa son difíciles de descifrar. El novelista e historiador del arte Iain Pears señala que el King's College ha reunido en los últimos años un «equipo ejecutivo con toda la orfebrería administrativa de una verdadera multinacional, con dos directores ejecutivos y un director de información». La institución gastó 33,5 millones de libras en costes administrativos en 2009, y sigue reclutando más altos directivos. Estas cifras no evidencian ninguna pasión por el ahorro. Por otra parte, el jefe del departamento de arte y humanidades se propone nombrar nuevos miembros de la plantilla al mismo tiempo que otros son despedidos. La gerencia probablemente quiere ahorrar dinero, pero lo que sin duda busca es imponer sus propias prioridades y su propia gente, sin tener en cuenta el coste humano e intelectual.

Las universidades se hicieron grandes invirtiendo a largo plazo. Eliges a los mejores investigadores y profesores que puedas y les das los recursos y el tiempo necesarios para abordar cuidadosamente los problemas. Unas veces un profesor ayudante se convierte en «El dueño de la historia» (*History Man*) desenvuelto, frívolo y malicioso de Malcolm Bradbury;² y otras veces se convierte en otro Michael Baxandall. Nadie sabe muy bien por qué ocurre así. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que convertir la universidad en La Oficina producirá más «dueños de la historia» (*History Men*) que estudiosos como Baxandall.

Acepta el corto plazo como estándar –apoyando sólo lo que los estudiantes quieren estudiar en este momento y lo que los organismos externos quieren subvencionar en este momento– y perderás el futuro. Los temas y métodos que importarán más dentro de veinte años son a menudo los que nadie valora mucho ahora mismo. La investigación lenta –como la «comida lenta» (*Slow Food*)– es más profunda, más rica y más nutritiva que la rápida. Pero cuesta más tiempo, y para hacerla bien, tienes que emplear a personas excéntricas que insisten en hacer las cosas a su manera. Los británicos solían saberlo, pero ahora nos han pasado por delante en la carrera hacia el otro extremo.

En este momento las universidades norteamericanas se basan más que las británicas en los viejos métodos. Pocos envidiamos ya a nuestros colegas británicos. Pero la paja muestra hacia dónde sopla el viento. Términos como «impacto» e «inversión» se han vuelto familiares. En Iowa, en Nevada y en otros lugares se habla de cerrar departamentos de humanidades. Si empiezas a oír términos de neolengua como «clústeres de excelencia sostenibles», ¡cuidado! Estaremos siguiendo a los británicos en su corto recorrido hasta McDonald's. ■



2. *History Man*, una novela del escritor Malcolm Bradbury (1932-2000), publicada en 1975 y traducida al castellano con el título de *El dueño de la historia* en 2007, [Nota del traductor].



Bolonia, o la capitalización de la educación

Richard Münch

Richard Münch es catedrático de Sociología en la Universidad de Bamberg. Su investigación se ha centrado en teoría sociológica y microsociología comparada, y ha dedicado una especial atención a la transformación de la Universidad en las sociedades contemporáneas. Es autor, entre otros, de *Das Regime des liberalen Kapitalismus. Inklusion und Exklusion im neuen Wohlfahrtssaat (Campus), Die Konstruktion der europäischen Gesellschaft. Zur Dialektik von transnationaler Integration und nationaler Desintegration (Campus), Globale Eliten, lokale Autoritäten (Suhrkamp)* y *Die akademische Elite. Zur sozialen Konstruktion wissenschaftlicher Exzellenz (Suhrkamp)*. Este artículo se publicó originalmente en alemán en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 1/2010 y ha sido facilitado por Eurozine (www.eurozine.com). © Richard Münch / *Blätter für deutsche und internationale Politik*.

A finales de 2009 los estudiantes alemanes salieron una vez más a la calle y ocuparon las universidades en protesta por la situación de la enseñanza. En el centro de la protesta estaban los grandes cambios organizativos en la educación superior asociados al Proceso de Bolonia. Y es lógico que fuera así. En modo alguno cabía hablar de «errores técnicos» como responsables de las dificultades en la «aplicación» de la reforma universitaria, como pretendía la ministra alemana de Educación, Annette Schavan. Por el contrario, este argumento desplaza la responsabilidad de la crisis actual del plano político a la universidad, evitando la discusión de los problemas subyacentes, que son de gran calado.

En Alemania el Proceso de Bolonia supone una revolución cultural. Consume una transformación de fondo, en curso desde hace ya mucho tiempo, en la manera como se efectúa la mediación entre la enseñanza y el empleo. Finalmente ha superado las resistencias a esta transformación, aunque no –y por buenas razones– entre los estudiantes.

El «Proceso de Bolonia para la Creación del Espacio Europeo de Enseñanza Superior» se supone que ha de abrir los sistemas nacionales de educación al proceso de integración europea. Ahora bien, la reestructuración que impulsa no se limitará a la homogeneización formal de los títulos. Bolonia comporta una creciente estratificación y jerarquización de las instituciones de enseñanza nacionales. La integración transnacional de los sistemas educativos nacionales viene acompañada por la desintegración nacional. Esto, en esencia, es lo que hace tan controvertido el proceso.

LA BATALLA POR EL PRESTIGIO, O CÓMO LOS MERCADOS MEDIAN ENTRE LA ENSEÑANZA Y EL EMPLEO

Bajo las nuevas condiciones la educación ya no tiende a ser considerada y configurada como un bien social colectivo (por las asociaciones académicas y profesionales), sino que es tratada como un bien individual y una mercancía en el mercado global de la enseñanza. En el nuevo capitalismo académico todo gira en torno a los réditos generados por la inversión en capital humano. La batalla por el prestigio académico se hace más intensa y encarece enormemente el coste de la educación. Los únicos que pueden lograr el éxito en un sistema así son aquellos que, gracias a unos progenitores adinerados, recibieron una educación de primera ya en preescolar, primaria y secundaria. Basta observar lo que pasa en el Reino Unido o en Estados Unidos para darse cuenta.

El mercado libre sustituye a las estructuras profesionales como mediador entre educación y empleo. He aquí la raíz de inseguridades profundas.

En Alemania existe una gran tradición de vinculación estrecha entre la educación (la titulación académica) y el empleo (la posición profesional). En la base de este sistema se situaban las identidades profesionales fijas conformadas por las *Fachgesellschaften* (sociedades científicas de disciplinas específicas, como las de físicos o químicos) y las *Berufsverbände* (asociaciones profesionales, por ejemplo de médicos, abogados, arquitectos, inge-

nieros o profesores), reconocidas por el Estado para este cometido. Estas identidades profesionales vinculaban estrictamente el currículo y las calificaciones (exámenes de estado, diplomas) con las especificaciones de los puestos de trabajo en la vida profesional.

Los nuevos títulos de grado no pueden hacer esto. Sólo aportan competencias básicas, lanzando a los graduados a un mercado de trabajo que está muchísimo menos preparado para absorberlos, debido precisamente a la falta de perfiles profesionales claros. La consecuencia es que quien ha alcanzado una graduación con el nuevo sistema necesita más que nunca completarla con ingredientes adicionales ligados a la autopresentación y el automarketing y también con la llamada educación permanente.¹

Dado que la importancia del perfil *profesional* de cada cual de cara al empleador decae, hay que invertir más en el perfil *personal* de uno: periodos de estancia en el extranjero, competencias sociales, seguridad en uno mismo, elocuencia, y desde luego el prestigio del título académico de que se disponga. Como el valor derivado del prestigio asociado a una titulación dada es cada vez más importante que su valor puramente objetivo, en el futuro lo relevante será no tanto qué título académico tenga uno sino en qué universidad lo haya conseguido.

Se entabla así una batalla por el prestigio que conduce a un encarecimiento progresivo del coste de los títulos académicos. Esta situación es especialmente pronunciada en Estados Unidos, donde se ha disparado el precio de las matrículas: allí los estudios de *Bachelor of Arts* (título de grado de 4 años) pueden llegar a costar entre 40.000 y 180.000 dólares sólo en tasas de matrícula. Como en la *Champions League* del fútbol, las universidades con más prestigio y mayores niveles de éxito que compiten en el mercado educativo son aquellas que están respaldadas por un mayor volumen de capital. Estas universidades punteras establecen alianzas a nivel europeo y a través de su poderío académico se alejan del resto de universidades del montón. La distancia entre unas y otras no hace sino aumentar.

UN CAMBIO ACELERADO A EXPENSAS DE LOS ESTUDIANTES

Este cambio de tanta envergadura en las universidades comporta problemas sumamente delicados en el periodo de transición. Los defensores del viejo mundo profesional y de su monopolio del conocimiento –los profesores universitarios, las sociedades científicas y las asociaciones profesionales– han incluido todo lo que han podido de los viejos planes de estudio en los nuevos. Como resultado, los nuevos estudios de grado están sobrecargados y muchos estudiantes desbordados. Las tasas de abandono, la consecuencia directa, son incluso más altas que antes.

Hay un intento de controlarlo todo que lleva a que los estudiantes estén sujetos a una maquinaria de exámenes que si bien premia las estrategias de supervivencia, fracasa a la hora de forjar mentes creativas capaces de pensar por cuenta propia. Además, el número de profesores –mejor dicho, la ratio entre profesores y alumnos– sigue estando muy lejos de lo que sería idóneo para una tutoría efectiva. Esta es una de las principales razones de la protesta estudiantil.

Actualmente desempeñan un papel crucial las agencias de acreditación y no cabe duda de que ganarán aún más relevancia en el futuro. Las agencias, por medio de las comisiones de evaluación, dan su «sello de calidad» a los proyectos docentes o planes de estu-

1. Véase Martin Baethge y Volker Baethge-Kinski, «Jenseits von Beruf und Beruflichkeit? Neue Formen von Arbeitsorganisation und Beschäftigung und ihre Bedeutung für eine zentrale Kategorie gesellschaftlicher Integration», *Mitteilungen des Instituts für Arbeitsmarkt- und Berufsforschung*, 3/1998, págs. 461-472; Martin Baethge, *Beruf – Ende oder Transformation eines erfolgreichen Ausbildungskonzepts*, en Thomas Kurtz, ed., *Aspekte des Berufs in der Moderne*, Opladen, 2001, págs. 39-68.

dio que conducen a la obtención de títulos de grado y también de títulos de máster. La intención a medio plazo es asegurar la idoneidad de los contenidos docentes, por una parte, y que se ajusten a la demanda del mercado, por otra.

Sin embargo, al limitarse tan sólo a la idoneidad de los cursos, el resultado es que los títulos de grado se van a convertir, en el mejor de los casos, en una calificación general que permitirá a quien disponga de ellos trabajar en una posición media con un ingreso medio. Quien quiera ir más allá deberá hacerse con un título de máster. Lo que quiere decir que la pugna por las plazas en los cursos de máster, todavía demasiado escasas, se acentuará mucho de aquí en adelante. A largo plazo probablemente sólo un 20 por cien de los graduados conseguirán una plaza en un máster. Así sucede hoy por hoy en países como Estados Unidos, por ejemplo.²

Así están siendo ahora dolorosamente «corregidos» los «errores» cometidos en la expansión de las universidades en la década de 1970. En lugar de ampliar las escuelas técnicas superiores hasta englobar al 70 por cien de los estudiantes, cosa que habría sido más realista y adecuado en términos prácticos, se ha dado preferencia a la expansión de las universidades para acoger esa misma proporción. Se completa este diseño con los ocho años de enseñanza secundaria, pero el resultado de esos estudios no es comparable ni por asomo con lo que era el antiguo título de bachillerato (*Abitur*). Con eso está dicho todo. Los títulos de grado funcionan, en estas condiciones, como la calificación necesaria para ejercer ocupaciones de tipo medio a nivel masivo y sólo el percentil más alto continuará los estudios académicos en el nivel de máster o de doctorado.

Los estudios universitarios así definidos son básicamente una combinación de los últimos cursos de los antiguos institutos y lo que acostumbraba a ser el primer curso de facultad. El hecho de que acapare la mayor parte de la carga docente del profesorado universitario implica una significativa pérdida de status por parte de los profesores en general, mientras que aquellos que se las arreglan para concentrar su actividad en los cursos de doctorado ganan status. La tendencia a la baja de los sueldos públicos del profesorado, que sin embargo también pueden ser flexibles hacia arriba por la vía de los complementos de productividad, se ajusta ya hoy a esta realidad.

LA EDUCACIÓN COMO MERCANCÍA Y EL NUEVO PODER DEL MERCADO

Actualmente la cuestión crucial es qué tipo de ordenación van a aportar las agencias de acreditación al nuevo mercado de estudios universitarios, teniendo en cuenta el final del monopolio sobre el conocimiento y las profesiones que antaño detentaron las asociaciones profesionales y las sociedades científicas. A menudo se considera que las agencias de acreditación vienen a sustituir el control por parte del gobierno –configurado básicamente en términos jurídicos– sobre los estudios universitarios, dando así a las universidades y a las disciplinas académicas un mayor grado de autonomía. Pero la verdad es muy otra.

En realidad, hasta ahora las asociaciones (profesionales y científicas) han encabezado el control gubernamental en su condición de garantes del sistema público de exámenes en nombre del Ministerio de Educación. El control por parte del gobierno daba a los estudios universitarios protección frente a las demandas extraacadémicas procedentes del sector privado, comercial. La base de este sistema se encuentra en el modelo de organización que definió Alexander von Humboldt para la Universidad de Berlín en 1810

2. Gero Lenhardt, *Hochschulen in Deutschland und in den USA. Deutsche Hochschulpolitik in der Isolation*, Wiesbaden, 2005.

(modelo que se extendería a todas las universidades alemanas). La protección gubernamental de la Academia frente a las demandas comerciales de la economía o de la administración ha perdurado durante casi 200 años. El desplazamiento del control a las agencias de acreditación constituye un paso trascendental hacia la supresión de esa protección. Sin el escudo protector que proporciona el gobierno, las universidades se verán expuestas por primera vez a las demandas puramente económicas que pululan en el mercado de la educación.

Todo dependerá de si las asociaciones académicas son capaces de imponer sus intereses a las agencias de acreditación como lo fueron en relación al gobierno. En primera instancia parece que así podría ser: la acreditación de los estudios universitarios (cursos, etc.) adopta la forma de la revisión por pares (*peer review*) y las asociaciones tienen representantes en las comisiones de evaluación. Sin embargo, la conexión de las asociaciones con las comisiones de evaluación es mucho más laxa que la que tenían con las comisiones que diseñaban el sistema de exámenes, que normalmente estaban integradas por miembros de las propias asociaciones. Las comisiones de evaluación, mucho más numerosas, son nombradas autónomamente por las propias agencias de acreditación, por lo que no existe ninguna lealtad directa hacia las asociaciones científicas y profesionales. Más importante aún es el hecho de que a la hora de evaluar se centran en la idoneidad de los planes de estudio para ser para cursados con agilidad y también en su adecuación a la demanda. Este eje de atención indica claramente que se ha acabado la prioridad anterior, que era la calidad científica y académica.

La lógica de la acreditación es la doble optimización de las ofertas: para satisfacer la demanda primaria de los estudiantes y para satisfacer la demanda secundaria de los empleadores. El peso se ha desplazado ahora muy considerablemente al lado de la demanda. De esta suerte, los cursos universitarios y los títulos académicos pierden su carácter de bienes colectivos considerados benéficos para la sociedad en su conjunto y asumen el carácter de bienes individuales cuyo valor está determinado exclusivamente por consideraciones instrumentales (relacionadas con la oferta y la demanda primarias y secundarias) con los que se comercia en el mercado. La educación se convierte así en mercancía sujeta a transacción, por lo que su calidad solo puede ser determinada en términos de los rendimientos que proporcione a proveedores y demandantes. La consiguiente comercialización de la enseñanza genera todo tipo de nuevas propuestas, algunas de las cuales responden a lo que prometen. Otras, sin embargo, no.³

Para sobrevivir en el mercado los cursos universitarios deberán ser objeto de un marketing estratégico, incluyendo la oferta de funcionar como servicios equivalentes a los de una agencia de empleo. La consecuencia es que la promoción publicitaria y las estrategias de relaciones públicas adquieren tal relieve que dejan en la penumbra el contenido real de los cursos. Cursos con un contenido bastante similar difieren luego enormemente en punto a los mecanismos de promoción, lo que repercute desde luego en lo que se paga. Para situarse en un lugar ventajoso en el inevitable ranking de éxito en la colocación de los que han pasado por los cursos, hay que crear un nuevo departamento que controle el proceso.⁴ En el sistema de la vigilancia total, nada pasa desapercibido. Y eso también tiene su coste.

3. Derek Bok, *Universities in the Market Place: The Commercialization of Higher Education*, Princeton, 2003 [Trad. cast.: *Universidades a la venta*, Valencia, PUV, 2010]; Frank Donoghue, *The Last Professors. The Corporate University and the Fate of the Humanities*, Nueva York, 2008.

4. Michael Sauder y Wendy N. Espeland, «The Discipline of Rankings: Tight Coupling and Organizational Change», *American Sociological Review*, 2/2009, págs. 63-82.

MARKETING EN LUGAR DE CONOCIMIENTOS

Es bastante difícil establecer diferencias genuinas en cuanto a contenidos entre cursos universitarios. Hoy en día el conocimiento, que se ha convertido en un bien colectivo en el mundo virtual, es más o menos igualmente accesible en todas partes: un profesor normal y corriente que se preocupe por sus estudiantes puede comunicar bastante más conocimiento que un ajetreado premio Nobel. Esto significa que una universidad orientada al beneficio y concebida como negocio deberá invertir mucho para tener las mejores ratios profesores/alumnos y en el marketing y la presentación externa de su oferta docente y en servicios, para poder pedir tasas de matrícula más elevadas. Esto solo será posible a través de una descomunal inversión en infraestructura, bien sea en equipamiento, en bibliotecas o en el profesorado. Es así como un segmento muy selectivo de estudios universitarios extremadamente caros se distingue y se aleja de los productos masivos de precios medios y también, naturalmente, de los productos más mediocres y de bajo precio. En Estados Unidos se da una correlación de este tipo. Están los títulos de las ricas universidades privadas en el segmento superior, los de las universidades de los estados en el segmento medio y los de los *Community Colleges* en el nivel más bajo. Una vez que la educación se ha convertido en mercancía sujeta a transacción en el mercado, el nivel del producto lo determina en primera instancia el valor asociado al prestigio del título académico, que a su vez determina el dinero que se puede pedir por dicho producto. La educación, así, pasa de ser un bien colectivo provisto por el Estado a convertirse en un bien cuyo valor ha de estimarse en función de la confianza que inspire, y en última instancia en un objeto de prestigio cuyo valor está determinado por su nivel de exclusividad.

La exclusividad de un título académico, por su parte, depende de lo selectivos que sean los criterios de admisión a los cursos. Cuanto mayor sea el número de aspirantes en relación al número de admitidos, más selectivo serán un curso o unos estudios determinados y más prestigiosos se considerarán. Las universidades que funcionan como un negocio en el mercado de la educación han de hacer todo lo posible por atraer aspirantes. Cuanto más mejor. En este juego la educación se convierte en un recurso esencial de la acumulación de capital en la competición entre universidades-empresa. La educación se convierte en capital humano en el que se invierte en la medida en que reporta beneficio.⁵

EDUCACIÓN COMO SUBASTA

Como una importante industria en expansión, la educación atrae cada vez más inversiones. Ahora bien, en ausencia de procedimiento alguno para establecer de manera fehaciente el valor real de un producto educativo, es el valor asociado al prestigio del título académico lo que determina las inversiones y el beneficio en este mercado en crecimiento. Se entabla así una auténtica carrera entre quienes compiten por el sello de la exclusividad. Pero esta exclusividad sólo puede conseguirse a través del lujo académico, en otras palabras, en base a carísimas instalaciones y laboratorios, bibliotecas bien provistas, las mejores ratios docentes/alumnos, la contratación de profesores distinguidos (que hayan obtenido premios de renombre), así como lujosas instalaciones de ocio como piscinas climatizadas y salas de conciertos, y por supuesto un campus impresionante. Una simple comparación entre campus revela la enorme distancia entre el lujo de los establecimientos académicos de Estados Unidos, algunos con patrimonios que llegaban a los 36.000 millones de dóla-

5. Wendy Espeland y Michael Sauder, «Rankings and Reactivity. How Public Measures Recreate Social Worlds», *American Journal of Sociology*, 1/2007, págs. 1-40.

res antes de la crisis financiera, y las universidades alemanas, que inevitablemente recuerdan la arquitectura prefabricada del socialismo. Los dineros de la famosa «Iniciativa de Excelencia» alemana no podrán hacer absolutamente nada para alterar esta realidad.

Es obvio que el capitalismo académico genera nuevos monopolios. Sustituyen al monopolio de las sociedades científicas sobre el saber y al monopolio de las asociaciones profesionales sobre las profesiones. Los monopolistas de hoy son la elite de los proveedores de títulos académicos muy caros y prestigiosos del segmento más alto. Estos títulos garantizan el acceso a puestos de primera en la economía, la política y la administración. En una palabra, la lucha por el prestigio que comporta el nuevo capitalismo académico sólo puede ganarse con dinero. Esto vale tanto para los grandes inversores (el Estado, la economía) como para los pequeños inversores (los estudiantes): todos buscan la «excelencia» que es, en realidad, el «prestigio».

El nuevo mercado de la educación resulta de esta manera tan cerrado como lo habían sido hasta ahora en Alemania los monopolios de las sociedades científicas y las asociaciones profesionales. Ahora bien, mientras que el monopolio de estas últimas en el sistema universitario federal-pluralista de la República Federal estaba integrado a nivel nacional y funcionaba con una financiación relativamente igualitaria y sin tasas de matrícula, con los monopolios del capitalismo académico la cosa se presenta muy diferente. Su alcance es ahora global. Las universidades de elite han de distinguirse por la opulencia de la masa de las universidades del nivel medio y exigir ya por motivos de prestigio tasas de matrícula enormemente elevadas. Además se ven obligadas a aumentar constantemente su dotación de capital a través de la captación de fondos, la participación de inversores externos y la explotación de patentes.⁶

En la batalla global por el prestigio académico, han de invertirse sumas cada vez mayores de capital en las universidades más prestigiosas del primer nivel, pero no por razones objetivas sino simbólicas. Como la masa de las universidades de nivel medio se orientan según el modelo de las universidades de elite, no tienen otra opción sino aumentar más y más sus inversiones para no retroceder. Se genera así una subasta permanente a la que hay que subvenir con un endeudamiento galopante. El coste de una plaza en la Universidad de Harvard –en una estimación conservadora– es unas diez veces el de una plaza en la Ludwig Maximilian de Munich. Y los graduados no salen peor preparados. Pero Harvard, como líder de esta competición o subasta internacional fuerza al rearme permanente de los otros, lo que lleva a inversiones cada vez mayores para títulos académicos cuyo valor objetivo es idéntico.

UNIVERSIDADES «FUERTES», ESTADO DÉBIL

Naturalmente el capital correspondiente puede movilizarse más fácilmente en un país con baja presión fiscal que en países con una mayor presión fiscal, en los que el Estado asume una cuota superior de responsabilidad en el funcionamiento de la sociedad y no deja tanto margen para el libre juego de las fuerza en presencia.⁷ Y sin embargo en Europa surgen algunos pioneros que muestran a otras universidades lo que pueden hacer para ingresar en el club exclusivo de las universidades de «primer nivel mundial». En los países de lengua alemana se considera a la Universidad Técnica Confederal (ETH) de Zurich una precursora. En el marco de la disolución de las identidades disciplinares

6. Sheila Slaughter y Gary Rhoades, *Academic Capitalism and the New Economy. Markets, State and Higher Education*, Baltimore y Londres, 2004; Jennifer Washburn, *University Inc.: The Corporate Corruption of American Higher Education*, Nueva York, 2005.

7. Richard Münch, *Globale Eliten, lokale Autoritäten. Bildung und Wissenschaft unter den Regime von PI-SA, McKinsey & Co.*, Frankfurt a M., 2009.

se sustituyó el título clásico de «Dr. Ing.» por el más genérico de «Dr. sc. ETH». Lo que es un testimonio inconfundible de la voluntad de no compartir con las otras universidades suizas una titulación de ingeniero como bien colectivo, sino de vender un producto de marca propio. Las inversiones que eso requiere se reflejan de manera diáfana en la estadística de personal. Sólo en lo relativo a profesorado, la ratio es de 1 a 39. Si se contempla el conjunto del personal científico, aunque no todos sean docentes, la ratio es de 1 a 2,5.⁸ A escala europea estos datos son excelentes. En una universidad de elite americana comparable como el Massachusetts Institute of Technology (MIT), sin embargo, las ratios son claramente mejores. Las ratios correspondientes son de 1 a 10 y de 1 a 1.⁹ En la Universidad Técnica de Munich tenemos ratios muy inferiores a la ETH y no digamos al MIT. Son de 1 a 64 y de 1 a 6.¹⁰ En la competición internacional la pauta la marcan las universidades de elite americanas. Eso significa que las universidades europeas –si quieren mantener su nivel– deberían invertir mucho más en la mejora de las ratios.

A la vista del estado de las finanzas públicas en Alemania solo se podrá ganar algún terreno a través de la paulatina incorporación del personal de los institutos de investigación extrauniversitarios a la docencia universitaria. Cuanto más se empeñen las universidades en esta competición, más denodadamente intentarán aumentar su dotación de capital a través de financiación externa por parte de empresas y del aumento de las tasas de matrícula. Eso, por supuesto, encarece los estudios en las universidades de primer nivel, como bien se observa en Estados Unidos.

¿ES SOSTENIBLE EL CAPITALISMO ACADÉMICO?

La mercantilización de la educación es una de las causas del enorme déficit público de Estados Unidos y la exorbitante deuda externa del país. La mayor parte de los americanos no se endeudan para pagarse los viajes de vacaciones, de los que pueden prescindir, sino para financiar el enorme coste de los estudios de sus hijos. Cuando el pinchazo de la burbuja inmobiliaria y la consiguiente crisis financiera y económica ha lanzado universalmente la duda sobre la sostenibilidad de este tipo de capitalismo basado en la subasta permanente, hay muchos motivos para plantearse la sostenibilidad de un sistema educativo que se ha lanzado de pleno a la lucha competitiva propia del capitalismo académico. Y nada digamos de su imitación a nivel casi caricaturesco en ausencia de recursos financieros suficientes. Sin duda, si Alemania emprendiera realmente este camino, la «República de la Educación» que postula la canciller federal no pasaría de ser de vía estrecha. ■

□ Traducción de Gustau Muñoz

8. Eidgenössische Technische Hochschule Zürich, 2008 at a glance, Zurich, 2009.

9. Massachusetts Institute of Technology, MIT Facts, <http://www.mit.edu/facts>

10. Technische Universität München, TUM in Salen, <http://portal.mytum.de>